

El vestido nuevo de la emperatriz

Érase una vez, en el país de las mujeres, una emperatriz muy revolucionaria y activa, que se había hecho rodear de una corte de damas. Las súbditas de la emperatriz vivían bien organizadas en grupos muy variados, cada uno de los cuales desarrollaba una tarea. La luna regía los destinos de todas, a la vez que su corazón movía. De esta manera el reino funcionaba en plena armonía.

Un día aparecieron tres modistas, que despertaron la curiosidad de las súbditas y las damas de la corte. Las modistas presentáronse ante la emperatriz para ofrecerle el mejor vestido. Las damas y algunas súbditas empezaron a pensar que a la emperatriz, por su edad, ya no le caía bien el vestido que llevaba.

Las damas aconsejaron a la emperatriz que se hiciera un nuevo vestido. Las modistas le prometieron un vestido de ensueño, el mejor vestido que jamás hubiese visto y que jamás hubiese salido de los grandes talleres GDA.

Acércabase la Fiesta del Reino y las modistas mostraron a la emperatriz el vestido nuevo para que se lo probase. Todas las damas loaron la majestuosidad del vestido –jamás habíase visto tal cosa en el reino. La emperatriz, muy satisfecha, salió a la calle para que todas las súbditas admirasen su nueva imagen. Al verla aparecer por la puerta de palacio, todas las habitantes se quedaron boquiabiertas: no se podían creer lo que veían sus ojos.

Quizás igual que las súbditas de este reino imaginario, algunas mujeres estamos boquiabiertas y no nos podemos acabar de creer lo que pasa actualmente en el mundo del feminismo. Pensamos que hay que reflexionar sobre el momento actual del movimiento. En esta ponencia queremos presentar unas cuantas reflexiones, que son más preguntas que respuestas.

Somos el Grup de Lesbianes Feministes, de Ca la Dona. Hemos elaborado esta ponencia desde nuestra óptica y teniendo en cuenta nuestra propia realidad que nos influye y condiciona. Somos mujeres blancas, vivimos en una gran ciudad (Barcelona), tenemos entre 20 y alrededor de los 40 años, somos lesbianas y feministas, de formación cultural media, autosuficientes económicamente y mayoritariamente catalanas. Las reflexiones que expondremos son, pues, conscientemente parciales.

1. La ruptura generacional

Constatamos que en el feminismo se ha producido un corte generacional: no hay puentes entre las feministas de los setenta y las de los noventa, mientras que las de los ochenta intentan en vano encontrar un espacio dentro del movimiento feminista.

La revolución feminista de los setenta la llevaron a cabo mayoritariamente mujeres jóvenes. [~~Con el paso del tiempo ha habido una constante incorporación de mujeres jóvenes con inquietudes~~] En los años ochenta, otras mujeres jóvenes se fueron incorporando al movimiento. Estas mujeres jóvenes no [~~encuentran~~] han encontrado un espacio donde realizar su trabajo ideológico y político, ya que los puestos clave están ocupados por mujeres de la generación de los setenta. Además hay que añadir que las mujeres de los años setenta llevan más de veinte años de formación en el discurso feminista, y las jóvenes que se incorporan empiezan a conocer el feminismo. Asimismo, los puntos de interés no siempre son coincidentes; por ejemplo, las mujeres de los ochenta y también las de los noventa se interesan por el cuestionamiento del género y el sexo, la teoría *queer*, el sexo seguro entre mujeres, la autoinseminación, etc., temas que en general no son relevantes para las mujeres de los setenta. Este abismo de intereses distintos se ha jerarquizado, de manera que los conceptos que pueden interesar a mujeres más jóvenes han quedado en un segundo término, no se les ha dado autoridad política. Las jóvenes dan una autoridad en el saber a las mayores, pero este reconocimiento de la autoridad no es recíproco, con lo cual las que rondan los 35 años se han quedado como las eternas "jóvenes promesas".

El desencuentro es aun mayor con las feministas de los noventa. A finales de los noventa está apareciendo un nuevo feminismo, vinculado a otros movimientos sociales (okupa, antiglobalización, estudiantil, etc.) sin conexión con el movimiento feminista en mayúsculas, con lo cual no se producen nuevas incorporaciones al movimiento feminista, que se percibe como algo arcaico y asimilado al sistema. Una muestra suficientemente ilustrativa de esto es lo que pasó en la última manifestación del 8 de marzo en Barcelona, que se partió en dos manifestaciones, separadas por un gran vacío, radicalmente diferentes en las formas (¿y en los contenidos?). Este corte entre generaciones no hace más que debilitar al feminismo y empobrecer el debate. Así, las mujeres jóvenes militan en grupos mixtos, y por otro lado, las inquietudes que les tocan más de cerca no se toman como propias y, por lo tanto, no se reivindican. A modo de ejemplo, la precariedad laboral y las ETTs, la vivienda y la okupación, las campañas sobre contracepción...

2. La institucionalización y el conservadurismo

Constatamos que el discurso y la práctica feministas que nacieron hace años como discurso y práctica revolucionarias y alternativas, hoy en día en determinados ámbitos están convirtiéndose en institucionales, acomodadas, conservadoras y poco reivindicativas. Decimos **institucional** en el sentido de estar dentro del sistema. Hay un discurso teórico importante, pero este discurso no llega a cuestionar el sistema social, político y económico actual, sino que se adapta al mismo. (Además, no se hace práctica de este discurso.)

Todas las reivindicaciones que se planteaban en los años setenta-ochenta han impregnado, hasta cierto punto, la sociedad (se consiguió una ley del divorcio, del aborto, la igualdad legal, el acceso a determinados cargos dirigentes, etc.), pero todas sabemos que la ley del aborto es insuficiente, que la igualdad legal es sólo legal, que el acceso a cargos dirigentes choca con un techo de cristal y que la precariedad laboral afeta básicamente a mujeres. Por lo que respecta a las lesbianas, en Cataluña tenemos una Ley de Uniones Estables (más conocida como ley de parejas) que, curiosamente, reproduce el modelo patriarcal de familia. Las lesbianas somos aceptadas en la medida que nos asimilamos al modelo patriarcal.

Decimos **acomodado** en el sentido de un discurso elaborado durante mucho tiempo que permite abrir debates y discusiones internas, pero que no busca ir más allá (es un feminismo muy teórico pero de poca práctica y nula acción) y no mira a otros discursos que pueden cuestionar las ideas dominantes dentro del discurso feminista, de manera que este feminismo no es permeable a otras ideas y no se renueva (por ejemplo, la teoría *queer*, el movimiento antiglobalización); responde a un modelo de mujer blanca, de clase media, heterosexual. Decimos **conservador** en el sentido de mantenimiento del estatus logrado. Hay miedo de no poder asumir nuevas propuestas como propias y perder así el espacio ocupado. Y decimos **poco reivindicativo** porque no hay una confrontación con los poderes establecidos.

El feminismo agoniza debido a una crisis de éxito (éxito relativo). Como ya hemos dicho, se han conseguido parcialmente las reivindicaciones iniciales, siendo estas asumidas por la gran mayoría de la sociedad (hoy día cualquier política, incluso del PP, puede llamarse feminista). A la vez se ha producido una renuncia a ir más allá de lo conseguido: a modo de ejemplo, la renuncia a luchar por un aborto libre y gratuito.

3. Las trampas de la diversidad y la experiencia propia

El movimiento feminista ha seguido un proceso de aceptación de la diversidad en su seno, hecho muy positivo y loable. Sin embargo, ¿el movimiento de mujeres se puede ampliar infinitamente?, si la apertura hacia un lado comporta exclusiones por otro, ¿qué hay que priorizar? Un ejemplo: en la plataforma mundial de la Marcha de las Mujeres se habían propuesto dos únicas reivindicaciones relacionadas con las lesbianas, unas reivindicaciones bajo mínimos (V-10 y V-11). Pues bien, debido a la fuerte oposición de algunos grupos de mujeres, se han incluido en la plataforma con la condición –que sólo se aplica en estos dos casos– que cada grupo y coordinadora que participa en la Marcha manifieste explícitamente su apoyo o no a los mismos. ¿Es admisible esto para el feminismo? ¿Verdad que no cuestionaríamos el derecho al aborto para abrirnos a las mujeres que están en contra? ¿Por qué, entonces, tenemos que cuestionar los derechos de las lesbianas para satisfacer a los grupos que se oponen a que estos derechos se

defiendan públicamente? Ya entendemos que en algunos países sea difícil defender estos derechos, pero, si en estos países las heterosexuales lo tienen mal, ¿cómo lo tienen las lesbianas?, ¿alguien les ha pedido su opinión?

La trampa de esta diversidad radica en que para que la diversidad no nos divida eliminamos las diferencias que molestan, como por ejemplo el lesbianismo. En nuestro país hay temas que unen, como el aborto, el divorcio, la violencia contra las mujeres, y otros temas que dividen, como el lesbianismo y la transexualidad.

Otro rasgo fundamental del feminismo es el hecho de partir de la propia experiencia. Totalmente de acuerdo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la experiencia se construye socialmente y se jerarquiza según los valores interiorizados por cada persona y la gratificación social que de ella obtenemos. Dado que ser lesbiana es un estigma y que, por lo tanto, la falta de autoestima en relación con la condición lesbiana es muy fuerte, a menudo vemos que dentro del movimiento feminista las cuestiones referentes a las lesbianas se obvian o quedan relegadas a un segundo término, incluso por parte de mujeres que tienen conciencia de su lesbianismo. Podemos encontrar ejemplos de esto en documentos sobre temáticas muy distintas, en que, o bien determinadas situaciones que son exclusivas de las heterosexuales pasan como si fueran de las mujeres en general, o bien situaciones que afectan tanto a las heterosexuales como a las lesbianas se tratan como si fueran exclusivas de las heterosexuales (es el caso de la violencia doméstica).

En relación con esto, hay que decir que la sectorialización del movimiento feminista en grupos dedicados a temáticas muy específicas provoca que a menudo estos temas se traten desde una perspectiva heterosexual –lo que llamamos el heterodiscurso –, aunque en el grupo haya lesbianas. ¿Es que se supone que los grupos de lesbianas tenemos que abarcarlo todo? Si es así (¡que vaya trabajo!), ¿por qué estos grupos no se definen como grupos que luchan por las heterosexuales?; de este modo las cosas quedarían mucho más claras.

El movimiento feminista se pretende universal, pero es parcial porque es heterosexista. Cae en lo mismo que en el patriarcado. Quizá deberíamos empezar a cuestionarnos el ideal de diversidad y el universal heterosexual de mujer.

4. Otra trampa: el asamblearismo y las relaciones de poder

Es una ventaja la estructura asamblearia donde todas tenemos voz. No obstante, ¿es cierto que esta manera de organizarnos es realmente asamblearia, igualitaria y no jerarquizada? Tal y como lo ejercemos, el asamblearismo nos obliga a la presencia física para que se tengan en cuenta todas las opiniones, pero no es posible estar en todas partees (no se nos da

bien el don de la ubicuidad). Quizá deberíamos articular algún mecanismo que asegurara que todas las aportaciones y realidades se tuvieran en cuenta, independientemente de si se puede asistir o no a las reuniones. Es lo que en el feminismo que nosotras conocemos se hace cuando se redacta un manifiesto: se pasa a los grupos de mujeres para que puedan dar su opinión, aunque no hayan estado presentes en las reuniones en que se ha gestado.

Asimismo, sabemos que el tiempo de dedicación a la militancia activa es reconocido entre nosotras como un elemento que da autoridad. Y también sabemos que el espacio de actuación se valora jerárquicamente (no es lo mismo dedicar muchas horas a ensobrar que dedicarlas a parir discurso). Somos nosotras mismas las que jerarquizamos estas actividades y damos autoridad a unas en detrimento de otras. Quizá deberíamos cuestionarnos las razones que nos llevan a dar esa autoridad de manera jerarquizada.

Otro factor es: ¿qué hacen con esa autoridad después las mujeres a las que se les ha otorgado?, ¿la convierten en poder?, ¿con qué finalidad usan ese poder? En temas incómodos como es el lesbianismo por la implicación personal que conlleva, ¿se utiliza ese poder para obviarlos?

5. Las relaciones entre el feminismo y el lesbianismo

Las lesbianas feministas hemos luchado por derechos ligados a las relaciones heterosexuales –como es el caso del divorcio, el aborto, la violencia doméstica heterosexual...–, y lo hemos hecho porque consideramos que esto es feminismo. Sin embargo, después de muchos años de feminismo, las lesbianas todavía no tenemos derecho al matrimonio ni al reconocimiento jurídico de la maternidad compartida. Si bien creemos que la reivindicación de los derechos no es más que un error necesario (los derechos nunca podrán tener en cuenta todas las circunstancias de cada persona), y que nuestra lucha principal es la de las libertades, hoy todavía tenemos que luchar por el reconocimiento legal.

Como ya se ha dicho en alguna ocasión parece que históricamente cada clase hace la revolución de la clase precedente: la clase obrera hizo la revolución burguesa; las mujeres, la revolución obrera, y las lesbianas, la revolución feminista. Quizá va siendo hora de que rompamos este proceso y de que el movimiento feminista apueste por la revolución lesbiana.

Para lograrlo, desde el lesbianismo feminista hay que parir un discurso que abarque tanto a lesbianas como a heterosexuales. Algunos ejemplos de temas para este discurso pueden ser la autoinseminación y la lucha política en relación con el cáncer de mama.

Si el heterodiscurso feminista reconoce una fuerza política a la relación entre mujeres, cuando hay sexo ¿no debería tener más fuerza?

¿Cuándo vendrá la niña que diga que la emperatriz va desnuda?

Grup de Lesbianes Feministes

www.lesbifem.org

Diciembre del 2000

http://www.lesbifem.org/textos/emperadriu/emperadriu_ES.html